Pierre Rosanvallon

POR UNA HISTORIA CONCEPTUAL DE LO POLÍTICO

LECCIÓN INAUGURAL EN EL COLLÈGE DE FRANCE
IMPARTIDA EL JUEVES 28 DE MARZO DE 2002

(fragmentos)

Señor administrador,
Mis queridos colegas:

Les agradezco que me reciban entre ustedes. Hoy, en este momento inaugural, estoy absolutamente consciente de la responsabilidad que me corresponde ante vuestra decisión de abrir aun más vuestras enseñanzas al más acuciante de los problemas de la *polis* contemporánea. Pero me interesa aun más la formidable posibilidad que se me da de este modo. Una posibilidad, en lo que espero que sea la mitad del recorrido de mi trabajo, de poder insuflar un nuevo aliento a mis investigaciones inscribiéndolas, a partir de ahora, en un sitio intelectual único por su radical libertad, más allá de cuál sea el programa, y que no está empeñado en la búsqueda de grados y diplomas ni siente que sea obligatorio acotar los trabajos a las habituales barreras disciplinarias. Esta oportunidad de un nuevo inicio no habrá de tener para mí el aspecto ambiguo y melancólico de balance que implica inevitablemente eso que se conoce como "honorés académicos", que suelen estar destinados a poner en evidencia que se juzga una obra a la que se considera acabada al menos en lo esencial. Por eso haré mías las palabras de Roland Barthes: "Mi ingreso al Collège de France es más una alegría que un honor; pues el honor puede ser inmerecido pero la alegría no lo es jamás".¹ Evidentemente, esta alegría se debe al hecho de poder hablar de una investigación en el mismo momento en que se la realiza, alegría que nace de estar ante una prueba movilizadora, ante una obligación positiva.

Mi reconocimiento se dirige muy particularmente a Marc Fumaroli, quien les presentó a ustedes este proyecto de cátedra de historia moderna y contemporánea de lo político. Es en principio a la amplitud de sus intereses y a su elocuente convicción que debo el estar esta noche entre ustedes.

Señoras y señores, quiero agregar sin demora a esta lista de agradecimientos a alguien que no está aquí esta noche para escucharme, François Furet. En efecto, fue él quien me ayudó a dar un paso decisivo a comienzos de los ochenta al ingresar a la

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales cuando yo era un joven doctorado, al margen de la Universidad, en una posición de francotirador intelectual y en una situación un tanto precaria. También me permitió encontrar una cierta unidad en mi vida y realizar aquello a lo que aspira todo hombre o mujer: hacer de su pasión un oficio. Fue con él y con Claude Lefort, un historiador y el otro filósofo, que aprendí a trabajar sin caer en rutinas académicas y en modas intelectuales. Ambos fueron grandes maestros para mí, además de inseparables amigos y compañeros de trabajo. Los miembros del Centro de Investigaciones Políticas Raymond Aron, con quienes nos propusimos hace veinte años renovar el estudio tanto tiempo aletargado de lo político, saben también cuanto le debo a cada uno de ellos. Me siento feliz de que esta pequeña comunidad de historiadores, sociólogos y filósofos vea de algún modo reflejada la originalidad de su trabajo en el mío. Aún cuando la lista de todos aquellos a los que debo agradecer sería muy grande, me limitaré a citar a ese gran medievalista que fue Paul Vignaux. En efecto, fueron probablemente los lazos de amistad fraternal que mantuve a comienzos de los años setenta con quien fuera uno de los padres fundadores del sindicalismo democrático en Francia los que hicieron que el joven militante que era yo por entonces pudiera tomar progresiva conciencia —a contramano del recorrido de una gran parte de la generación de 1968— de que una vida consagrada a la comprensión rigurosa del mundo implica la capacidad de cambiarlo; que hay una complementariedad absoluta entre la *vita activa* y la *vita contemplativa*.

[...]

Esta tarea de una historia de lo político alcanza su mayor importancia en este despertar del tercer milenio, en el momento en que percibimos con inquietud creciente que “la historia nos muerde los talones”, para decirlo con un lugar común. Nos alcanzará aquí, para dar una breve imagen, con aludir a las condiciones en las cuales la globalización económica modifica el espacio de la democracia y hace más difícil la realización del interés general y con constatar el advenimiento de un universo en el cual las formas de “governabilidad” estalladas y diseminadas son sustituidas cada vez más por un ejercicio legible y responsable de la soberanía, o con mencionar las perturbaciones causadas por la presión de los tiempos mediáticos, con recordar los conflictos vinculados a la crispación de las identidades nacionales o con aludir a los problemas planteados por la entrada a un universo en el que cada día se afirma más el peso de poderes tan inasibles como tremendamente amenazantes. Es alrededor de interrogantes acuciantes como éstos que se organizan hoy numerosas investigaciones en las ciencias sociales. La historia de lo político, tal como intenté definir sus características, puede, me parece, aportar una contribución

específica a la comprensión de estas cuestiones colocándolas en una perspectiva amplia y de largo plazo. Debe también permitir superar las hoy tan extendidas tentaciones de refugiarse en la posición de un retiro desengañado o abandonar perezosamente el gobierno del mundo a los automatismos, considerados como suficientes, del mercado o a la sola fuerza del derecho.

“En materia de ciencias –señalaba Marcel Mauss– ninguna lentitud es suficiente; en materia de lo práctico, no se puede esperar.”¹⁴ No me preocupa olvidar que esta diferencia no podría abolirse sin perjuicios. Considerando que se trata de problemas contemporáneos universalmente debatidos, es muy grande el riesgo de ver desaparecer la diferencia entre el trabajo paciente y el comentario apresurado, en una palabra, entre la ciencia y la opinión. Pero la historia moderna y contemporánea de lo político no sabría desentenderse del mundo y encerrarse en un recinto preservado pero inaccesible a los movimientos de la vida. Por el contrario, su ambición es descender a la arena cívica y aportar allí un suplemento de inteligibilidad, un aumento de la lucidez. Debe proponerse una lectura crítica y serena del mundo allí donde dominan con tanta frecuencia el clamor de las pasiones, la versatilidad de las opiniones y la comodidad de las ideologías. Por lo tanto, el trabajo científico más riguroso y las adquisiciones más pacientes de la erudición participan directamente de la actividad ciudadana, nacen de la confrontación con el acontecimiento y permanecen ligados a él. Pretendo inscribirme, con modestia pero también con una firme determinación, en la línea de aquellos sabios que lo fueron también por su propia obra de infatigables ciudadanos y que no se dieron tregua en maridar el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad, para retomar una expresión de Romain Rolland, popularizada por Gramsci, que sirvió durante mucho tiempo de guía a una gran parte de mi generación.

Reflexionando sobre la especificidad de los cursos que se daban entre estas paredes, Michelet señalaba: “No es en absoluto una enseñanza propiamente dicha. Es el examen de las grandes cuestiones realizado en público. No se habla a alumnos sino a iguales”.¹⁵ Hay seguramente algo de ilusorio en este enfoque del curso público, que no funciona igual para las diferentes disciplinas. Sin embargo, corresponde a una visión saludable de la *prueba* particular que constituye el tipo de palabra que se arriesga entre estas paredes. Quizás es, además, en esta prueba que se halla el origen de la alegría que mencionaba al principio de esta lección sin poder todavía definirla: participar de una utopía académica que vale la pena mantener para hacer vivir la *polis*.

Notas:

¹ Collège de France. Cátedra de semiología literaria. Lección inaugural impartida el viernes 7 de enero de 1977 por Roland Barthes. Incluida en: *El placer del texto* seguido de *Lección Inaugural*, México, Siglo XXI, 1979

¹⁴ Marcel Mauss, *Œuvres*, tomo III, París, Éd. de Minuit, 1969, p. 579.

¹⁵ Michelet, *Cours au Collège de France*, tomo I, 1838-1844, París, Gallimard, 1995, p. 20